

Licencia para matar por honor

Historia de un crimen pasional. El caso Zawadzky

PABLO RODRÍGUEZ

Universidad del Rosario, Bogotá, 2019, 175 pp.

A LA manera de un folletín por entregas, formato tan utilizado en la prensa del siglo XIX y que en Santafé de Bogotá tuvo un insuperable cultor en José María Cordovez Moure, los procesos judiciales sobre crímenes de toda índole coparon las primeras planas y los titulares de la prensa en la primera mitad del siglo XX. Así como en el actual mundo globalizado de inmediato se vuelven carne de seriado audiovisual y de las redes sociales.

Esta crónica —una microhistoria, como bien la denomina el autor—, sobre un crimen pasional que dio comidilla a la sociedad colombiana en los años treinta, retrata con sapiencia la atávica cultura del honor patriarcal que marcaba los patrones de conducta y exculpaba al justiciero que actuaba dolido en su orgullo o en estado de ira e intenso dolor. Es el trasunto del juicio contra Jorge Zawadzky, que tuvo lugar en Bogotá entre los meses de abril y junio de 1935, y se convirtió en un espectáculo de tal magnitud que para cada una de las veinte sesiones se repartieron 400 boletas de ingreso.

El juicio cobró mayor relevancia por la notoriedad de sus protagonistas: Jorge Zawadzky, representante a la Cámara por el Partido Liberal y director del diario vallecaucano *Relator*, quien le disparó a quemarropa al reconocido médico pereirano Arturo Mejía Marulanda, presunto amante de su mujer, en la céntrica calle 12 de la ciudad de Cali. También tuvo resonancia por el cartel de abogados. En la defensa, el joven penalista Jorge Eliécer Gaitán, quien obtuvo la absolución de su copartidario con su arrolladora oratoria sobre la imperiosa necesidad de matar por honor. En este caso, además, sentó precedente al aportar un diagnóstico clínico sobre la perturbación mental de su defendido. En la parte acusatoria estuvo José Antonio Montalvo, abogado conservador

que dejó el libro *Defensa póstuma de Arturo Mejía Marulanda en el proceso Zawadzky*, publicado en 1935 por la Editorial Minerva de Bogotá.

En su investigación, Pablo Rodríguez demuestra que este juicio pasó a la historia del derecho penal colombiano porque incorporó la psiquiatría como ciencia imprescindible para entender la conducta delictiva. Paradójicamente, la sentencia del jurado atendió no al argumento científico sino al argumento moral del honor masculino mancillado, lo que lleva al autor a ahondar en la fascinante corriente de la historia de las emociones, marcada en el caso colombiano por la herencia hispánica. El crimen pasional se lee entonces en clave de una “emoción incontenible”, esto es, “un caudal, una fuerza que nubló su razón y lo llevó a realizar un acto fatal” (p. 165). Así mismo, define el juicio celebrado en Bogotá como “una especie de catálogo de emociones; especialmente negativas”:

Mientras en Zawadzky nacieron la rabia, el odio, el resentimiento, la amargura, el rencor, la melancolía, la humillación y las lágrimas, en Mejía Marulanda se presentaban el temor, la risa y la traición. Los abogados eran conscientes de que las emociones, las pasiones, son una dimensión compleja de los seres humanos, cuyo control absoluto es casi imposible. (p. 166)

De manera ágil, el relato arranca con la escena del crimen, que al parecer el agraviado había planeado con frialdad porque ocurrió dos años después de haberse enterado de la probable infidelidad de su esposa con el médico cercano a su círculo social. Continúa el desarrollo en 21 capítulos breves con el sonado proceso judicial y concluye con la nueva normalidad del matrimonio Zawadzky, que inexplicablemente mantuvo su vínculo, mientras la familia de la víctima se llevó la peor parte.

Aunque queda por completar la historia de Clara Inés Suárez —de la que vemos su retrato y hasta una fotografía de 1940 en la que aparece acompañada de Frida Kahlo y Diego Rivera, cuando Zawadzky fue embajador de Colombia en México—, forzada por su alta posición a sufrir este drama en silencio sin

librarse del todo de la sanción social, de los chismes y rumores que la habrán mortificado tanto como a su marido el sambenito de cornudo. Incluso, durante el juicio se hizo alusión a un supuesto aborto de la señora Zawadzky, practicado por el doctor Mejía Marulanda para encubrir su delito.

A la invisibilizada cónyuge, de la que no se recogieron declaraciones en el juicio, Rodríguez dedica un capítulo donde se aproxima a la vida que llevó después del escándalo esta culta y sensible mujer, colaboradora del diario familiar y líder de la causa feminista, pero también se hace oportunas preguntas, tales como:

¿Por qué Zawadzky siguió viviendo con su esposa Clara Inés Suárez? ¿Por qué no la abandonó ni se separó de ella, cuando bien sabemos que hasta habría podido maltratarla, o bien, atentar contra su vida, y nadie le habría reclamado? Al igual que con la muerte de Mejía Marulanda, la sociedad lo habría aplaudido y las leyes lo habrían respaldado. (p. 37)

No hay que olvidar que Jorge Zawadzky era un peso pesado en el caldeado escenario bipartidista y sus detractores se habrán dado gusto con el escándalo. Pero sin duda también lo favoreció su amistad con los jefes del liberalismo y quizá otro habría sido el cantar si el crimen hubiera ocurrido bajo un gobierno conservador. Aunque el autor no plantea ninguna conclusión al respecto, hace algunas inferencias. Y como buen investigador, deja otra pregunta por responder, el quid fenomenológico del caso: por qué el ofendido no retó a duelo al traidor, cuando eran tan comunes los duelos de honor. La posible respuesta lo lleva por los meandros de esa caballerosa fórmula de reparación del honor para deducir que Zawadzky, hombre práctico poco dado a romanticismos, no quiso correr riesgos. La gran ironía de esta historia es que haya saltado a titulares de la prensa regional y nacional un periodista de muchos lingotes, que dirigió el *Relator* hasta finales de los cincuenta.

Autor de numerosos libros sobre la historia de la vida cotidiana, el profesor Rodríguez demuestra su intuición para rastrear los códigos sociales y para encontrar pistas en los archivos privados y públicos, incluyendo

HISTORIA		RESEÑAS
<p>entre estos últimos la prensa como documento de época. Consultó por supuesto las versiones completas de las audiencias, publicadas por la editorial ABC de Bogotá y las Empresas Tipográficas Vigg de Armenia en 1935. Además, hizo una copiosa revisión de literatura especializada que le da un marco comprensivo al contexto sociocultural y político de los hechos, sin que las referencias académicas obstruyan el flujo narrativo. Con la autoridad que le asiste como historiador, pero también como culto lector, acompaña sus reflexiones con citas y referencias literarias para situar los debates de la época —como los de la degeneración racial y la eugenesia tan cacareados por Luis López de Mesa— dándole hondura al relato, que en esos apartados se comba en ensayo.</p> <p>Las intuiciones e hipótesis resultado de su inmersión en el caso son los detonantes de esta crónica amena, inteligente y evocadora. Cuenta el autor que incluso este trabajo fue un buen pretexto para volver a la ciudad que lo recibió como estudiante de historia de la Universidad del Valle, y ese conocimiento de la idiosincrasia valluna y hasta del entorno arquitectónico del escenario del crimen ofrecen una óptica más cercana y familiar de los hechos. Su gusto por la historia menuda lo lleva a recoger anécdotas que son la savia de la crónica, como la del rico descendiente de inmigrantes polacos, Jorge Zawadzky, que en 1913 trajo desarmado de Barranquilla un automóvil marca Reo que fue la sensación en la ciudad. Con un poderoso sentido del relato, va de lo micro a lo macro, entretrejiendo datos de la cultura universal y de la cultura local y nacional para dimensionar un hecho bastante olvidado en la historiografía.</p> <p>En el capítulo final de agradecimientos reconoce Rodríguez la colaboración del periodista e historiador Frisco González (fundador y director del periódico satírico <i>El Gato</i>, que se publica desde 1933 y todavía circula). Fue él quien le llevó a descubrir el diario <i>El Tábano</i>, que sorprendió a ambos por “las diatribas incendiarias contra los Zawadzky” (p. 170).</p> <p>Nada sobra ni falta en esta crónica que a manera de caleidoscopio ofrece en cada capítulo una perspectiva distinta de la historia dependiendo de la</p>	<p>fuelle, que trae revelaciones y detalles inéditos para quienes conocían el caso y lleva a concluir al lector, no sin horrorizarse, que los feminicidios de hoy son una variante de esos asesinatos de ayer por honor, solo que estos victimarios atacan directamente a la supuesta causante de la deshonra. Lo que sigue inalterable en la historia es la ecuación del relato del crimen pasional: a mayor poder económico y social de los protagonistas mayor despliegue mediático. Al fin y al cabo, los crímenes entre pobres son calderilla en la crónica de sucesos y rutina en los estrados judiciales. Por ello resulta tan vigente para los tiempos que corren esta conclusión de Rodríguez:</p> <p style="padding-left: 40px;">No nos equivocamos en definir el juicio a Zawadzky como un gran teatro judicial, un gran espectáculo de la justicia. Fue un juicio, no cabe duda; pero también fue un gran acontecimiento social, en el que el morbo y la expectativa por lo que se revelara de la comentada infidelidad sirvieron para atraer masivamente al público. (pp. 164-165)</p> <p style="text-align: center;">Maryluz Vallejo Mejía</p>	